

¿QUÉ SENTIDO TIENE EL TIEMPO EN EL TRABAJO SOCIAL?

(Reflexión sobre el tiempo y el trabajo social)

“Una pequeña aguja mide nuestro tiempo, se mueve a pasitos, como si marcara los segundos, cuando, en realidad, Dios sabe qué marca cada vez que cumple su ciclo completo y, a sangre fría, sigue avanzado sin detenerse”

(“La montaña mágica” T. Mann)

Luis Manuel Estalayo Martín. Doctor en Psicología. Psicólogo Clínico. Col. M-5816

e-mail: lmestalayo@hotmail.com

Resumen:

Este artículo analiza distintas aproximaciones al concepto tiempo diferenciando el tiempo mediático, el de las culturas, el del sujeto y el de la intervención social. Se defiende la necesidad de que la intervención social se desarrolle en un tiempo-con-sentido que respete los condicionantes estructurales inherentes al desarrollo de los procesos humanos, alejándose tanto de modas que divinizan la velocidad y lo superficial como valores a perseguir, como de prácticas excesivamente ritualizadas que no permiten que se despliegue ninguna creatividad.

Palabras clave: Tiempo mediático, Cultura, Sujeto, Intervención social.

Summary: This article is analyzing different approximations to the concept of time with differentiations to mediatic time, that of cultures, that of a subject and that of psychosocial intervention. It is supported the need for developing psychosocial intervention in a time-with-meaning that respects structural conditionants inherited to the development of human processes, away from fashions which praise speed and what's on the surface as values to purpose, as well as excessively ritualized practices which do not allow the manifestation of creativity.

Main words: mediatic time, culture, subject, social intervention

1. INTRODUCCIÓN

María Moliner define el tiempo como “magnitud en que se desarrollan los distintos estados de una misma cosa u ocurre la existencia de cosas distintas en el mismo lugar”. Compleja y ambigua definición que demuestra la dificultad de acotar un término tan común, y obliga a precisar el sentido que queremos darle en el presente artículo.

Para ello parece oportuno empezar acudiendo a la Física señalando que el propio tiempo tiene su tiempo, su historia. Sería excesivo en este contexto aludir a las ideas que a este respecto desarrollan Aristóteles, Ptolomeo, Copérnico, Galileo o Newton. Pero sí podemos señalar siguiendo las teorías de Stephen W. Hawking (1988) que antes del siglo XX era generalmente aceptado que el universo, o bien había existido por siempre en un estado inmóvil, o bien había sido creado, más o menos como lo observamos hoy, en un determinado tiempo pasado finito. Nadie hubiera dicho que se estuviera expandiendo o contrayendo. Sin embargo, el concepto tiempo no tiene significado antes del comienzo del universo . A este respecto Edwin Hubble en 1929 hizo el descubrimiento crucial de que el universo se está expandiendo. Parece ser que hubo un tiempo, hace unos diez o veinte mil millones de años, en que todos los objetos estaban en el mismo lugar exactamente, siendo por tanto infinita la densidad del universo. Hubo un tiempo llamado el big bang en que el universo era infinitésimamente pequeño e infinitamente denso. El tiempo tiene su origen en el big bang en el sentido de que los tiempos anteriores simplemente no estarían definidos.

Ya no puede concebirse el tiempo como algo absoluto y separado del espacio. La teoría de la relatividad acabó radicalmente con la idea de un tiempo absoluto. El tiempo no está completamente separado e independiente del espacio, sino que se combina con él para formar un objeto llamado espacio-tiempo.

Partiendo de este concepto, S. Hawking distingue tres flechas del tiempo: a) la flecha termodinámica, que es la dirección del tiempo en la que el desorden o la entropía aumentan; b) la flecha psicológica, que es la dirección en que sentimos que pasa el Tiempo, la dirección en la que recordamos el pasado

pero no el futuro; c) la flecha cosmológica, que es la dirección del tiempo en la que el universo se está expandiendo en vez de contrayendo.

Valgan estas pocas referencias para precisar que el tiempo es algo que de manera necesaria e ineludible debe aludir a un proceso, una construcción, una Historia. Y es este concepto físico de dinamismo y construcción el pilar que sustenta nuestra reflexión en el ámbito psicosocial.

Pretendemos reflexionar sobre el tiempo en el que se desarrollan nuestras intervenciones psicosociales, incluyendo los tiempos de las Instituciones, de los profesionales, y de los usuarios. Diferenciamos el tiempo mediático, pura imagen, del tiempo necesario a la construcción cultural y del sujeto humano. Defendemos la hipótesis de que el tiempo de la intervención profesional debe respetar los condicionantes estructurales inherentes al desarrollo de los procesos humanos, alejándose de modas que divinizan la rapidez, la inmediatez y lo banal como valores a conquistar.

2. TIEMPO MEDIÁTICO

J. Cueto describía en 1982 algunos mitos de la modernidad que en su globalidad vendrían a constituir lo que nosotros llamamos “tiempo mediático”. De estos mitos destacamos tres: a) el poder de la velocidad; b) el vértigo efímero, y c) la frivolidad. El poder de la velocidad alude a una sociedad acelerada donde se produce un intercambio vertiginoso de información. El desarrollo informático facilita que textos e imágenes circulen por todo el planeta en segundos; los coches exhiben una velocidad convertida en objeto de consumo y signo de prestigio; en las guerras contemporáneas la velocidad es un factor determinante para la victoria. También en numerosos ámbitos laborales la rapidez es algo muy valorado, haciéndose sinónimo de eficacia. Se va consolidando un imaginario en el que pareciera que todo puede conseguirse “ya”, y en el que cualquier demora fuera sancionada como negativa.

El vértigo efímero se une a la rapidez. En nuestros coches vemos pasar paisajes a toda velocidad, y desfilamos ante ellos con mirada filmadora. Y cada vez más con la sensación de que las cosas no duran, ya nada es para toda la vida, se exige una circulación rápida de mercancías, deseos, hombres y mujeres, tecnologías, modas, etc.

Y uniéndose a la velocidad y a lo efímero surge el reino de la frivolidad. Se huye de cualquier pregunta con cierta complejidad, se tira a la papelera cualquier texto que no sea ligero e insustancial. Es el reinado de las apariencias, de los dioses y diosas televisivos que no tienen nada que decir, pero sí mucho que vender, incluso su vida. Son dioses del instante en tronos de papel revestido de brillante maquillaje.

Este ritmo veloz-efímero-frívolo está representado fielmente en los códigos publicitarios que nos inundan. Códigos que prometen nuestra felicidad plena e inmediata en la medida en que podamos arrojarnos con precisos signos de consumo.

El mensaje publicitario es rápido; veinte segundos deben servir para seducir. Seducción basada en la imagen, más que en el contenido, no hay mucho tiempo para hablar. Los expertos postulan que “el mensaje publicitario debe ser una comunicación ultrarrápida e incluso instantánea” (Roger Mucchielli, 1977). Y todo para conseguir que el ser humano ya no pueda pensar ni discernir: “...el hombre actual, sometido a tal número de estímulos, se encuentra imposibilitado para pensar en lo que quiere y cómo lo quiere” (T. Gómez de Armijo, 1984)

Este tipo de discurso ha embriagado también a nuestros políticos, que cada vez más cuidan su presentación, su vestuario y ademanes, y transmiten la sensación de que tienen poco que decir que sea real y no sólo atractivo para sus “consumidores”. El ser humano se desvanece sometido a este discurso, dejando paso al nacimiento de un ser-consumidor, interesado en llenarse de signos y marcas que le adscriban a determinado perfil imaginario, aunque el vacío interior (déficit en el registro simbólico, ausencia de palabras) sea tan llamativo como negado.

En este tiempo mediático que pretendemos describir el ser humano tendrá dificultades para existir como tal. Y ello porque los tiempos necesarios a la construcción de lo humano se rigen por unas leyes que estructuralmente incluyen lo simbólico. En la medida en que la imagen reine, el agujero simbólico irá dando lugar a “presentaciones humanas” deficitarias, o patológicas.

En este contexto es llamativo el número de spots vinculados a la salud comunitaria que desde distintas administraciones se vienen realizando.

Así se nos dice por ejemplo que no conduzcamos con rapidez, o que no consumamos drogas; o se intenta convencer a las mujeres maltratadas de que

no vuelvan con sus verdugos. Como si los spots fueran dioses capaces de “curar”. ¿Para qué vamos a pensar en las contradicciones de un sistema capitalista que nos hace valorar la velocidad y el consumo para luego penalizarnos si pisamos un poco más el acelerador o fumamos en público? ¿Para qué pensar en tantos adolescentes criados para “consumir”? ¿Para qué pensar en la enorme complejidad de representaciones que lleva a una mujer a vincularse con un hombre que la tortura?

Pensar es costoso. Hagamos anuncios. ¿Por qué no hacer spots que de manera radical prescriban el bienestar? Sencillamente: “No sufras”, o mejor aún, “No mueras”, con el correspondiente corolario relativo a que quien sufra o muera, será sancionado por idiota.

3. TIEMPO DE LAS CULTURAS

En el diccionario de María Moliner leemos dos acepciones del término Cultura: 1) En sentido amplio, cultivo; 2) Conjunto de los conocimientos, grado de desarrollo científico e industrial, estado social, ideas, arte, etc. de un país o una época.

La primera acepción remite a tareas de labranza en las que el tiempo será una variable determinante para el crecimiento.

La segunda acepción es sinónimo de “civilización”. ¿Qué tiempo es necesario para que se desarrolle una civilización? El término engloba el conjunto de creencias que una comunidad tiene sobre sí misma y sobre las demás, las normas de vinculación socialmente aceptadas, las pautas esperables de vinculación familiar, los modelos de educación, los ideales, las producciones artísticas y científicas, y un largo etcétera. Términos que nos aproximan a la primera definición que hiciera E. B. Tylor (1871) en el contexto de las ciencias sociales: “Llamamos cultura a esa totalidad compleja que incluye conocimiento, creencia, arte, moral, ley, costumbre y todas las demás capacidades y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad”.

Esta complejidad se va construyendo, y transmitiendo trasgeneracionalmente, a través de numerosos símbolos, palabras y rituales.

Ninguna comunidad humana podría estructurarse como tal partiendo de otros registros. Los símbolos utilizados por una comunidad, así como las palabras

que constituyan a sus integrantes, tendrán su sentido si se remiten a esa comunidad, en su Historia.

Cuando esta Historia incluye procesos migratorios la evolución es aún más laberíntica e interesante. Enfrentamiento de símbolos, confrontación de creencias y normas, comparación de formas de vida, dialécticas de poder, abusos y sometimientos o revueltas, irán conformando un diálogo intercultural que podrá ir enriqueciendo a todos aquellos que estén abiertos a dialogar desde posiciones no dogmáticas ni etnocéntricas. O como dijera el antropólogo social John Beattie (1972): "... cuanto mejor puedan las personas comprender las culturas y sociedades poco conocidas, tanto más tolerantes serán probablemente con las personas de diferentes antecedentes culturales que los suyos."

Pero lo que queremos destacar en este momento es que estamos aludiendo a procesos tan complejos que exigen que nos maneemos con términos de temporalidad histórica. Son procesos que exceden incluso el tiempo que cualquier sujeto tiene para desplegar su vida. Procesos que nos enfrentan a una mortalidad que podrá encontrar relevo en las siguientes generaciones. Tiempos históricos que nos sitúan ante la responsabilidad ética de ir "cultivando" de la mejor manera posible para que los que vengan después puedan seguir un diálogo intercultural tan fructífero como interminable.

En este proceso estamos persuadidos de que la función de los Servicios Sociales, y del Trabajo Social en general, puede ser relevante si conseguimos ubicarnos en la temporalidad que nos corresponde.

4. TIEMPO DEL SUJETO

Hay distintas posibilidades de enfocar el concepto tiempo en relación al sujeto. Un tema de extraordinaria importancia práctica es valorar el tiempo como componente del riesgo en relación con el estadio de desarrollo del individuo. Así lo hacen por ejemplo A. Angold y E.J. Costello (2005), aludiendo a la demostración de Wallerstein (1991) según la cual las mujeres adultas blancas están expuestas a mayor riesgo de divorciarse si eran niñas cuando sus padres se divorciaron, pero no si eran adultas; o a la investigación de Hay, Kumar y Everit (1992) que concluye que la depresión materna afecta al desarrollo motor

del niño si ocurre en el primer año de vida, pero afecta al desarrollo del lenguaje si ocurre en el segundo año de vida.

También tendría interés la clasificación de distintas vivencias del tiempo según distintas patologías; por ejemplo, no es lo mismo el tiempo para un depresivo que para un maníaco.

Pero en este momento no pretendemos profundizar en este tipo de abordajes fenomenológicos y descriptivos, sino en la necesidad estructural y estructurante de que se den unos “tiempos” para que pueda surgir el sujeto; tiempos para la propia construcción del aparato psíquico. Un big bang inaugural del psiquismo que puede rastrearse en las teorizaciones de distintos autores.

D. Schoffer (1997) analiza mitos de distintas culturas que aluden a la recuperación de paraísos perdidos, concluyendo que la idea de perfección que ofrecen alude a una felicidad propia de la Naturaleza en tanto que la quietud y ausencia de tensión que describen son tanáticas en el ser humano.

Este paraíso soñado se vincula con el primer tiempo del Edipo que teorizara J. Lacan en 1957. Primer tiempo del paraíso perdido en el que el niño busca poder satisfacer el deseo de su madre, ser el objeto de ese deseo. El niño verá qué es ese deseo y se identificará en espejo con ello para satisfacerla, para vivirse como complemento perfecto (-falo) de esa Madre (-fállica) .

Una fijación en este tiempo fundamenta estructuras mentales perversas o psicóticas.

Según J. Lacan habría un segundo tiempo en la construcción del sujeto psíquico, en el que debe surgir la ley del padre concebida imaginariamente por el sujeto como privadora para él y para la madre. En este tiempo la madre ya no depende únicamente de su deseo sino que debe contemplar a un tercero capaz de privar.

En un tercer tiempo el padre ya no sería vivenciado como un tirano que viene a arrojar del paraíso, sino como alguien que puede tener algo que la madre desee, aunque tampoco él pueda colmarla totalmente.

Es en este proceso donde se construye la identificación de género, a lo masculino o a lo femenino, en distintos grados.

Estos tres tiempos no son necesariamente tiempos cronológicos, sino estructuralmente lógicos. En un principio el niño se relaciona con el deseo de la madre; luego vendrá lógicamente el discurso paterno a castrar tanto a la madre

como al hijo (“no te acostarás con tu madre”/ “no reintegrarás tu producto”) permitiendo el acceso a lo simbólico, a la Cultura.

Esta temporalidad es básica en la construcción psíquica, hasta el punto de que en la psicosis no existe, en tanto que el discurso del padre está abolido desde el origen (forcluido) sin haberse integrado en la vida del sujeto. Tampoco en la estructura perversa se da esta función paterna básica para el nacimiento del sujeto.

Esta función paterna es perfectamente analizada por B. This (1982) al analizar las diferencias existentes entre padre real, imaginario y simbólico. El padre real es un mero genitor biológico; el padre imaginario es cualquier ideal de parentalidad; y el padre simbólico es el que puede señalar al hijo como suyo, como algo distinto al cuerpo de la madre, provocando un auténtico segundo nacimiento desde un cuerpo biológico hacia un universo cultural, simbólico y erógeno.

Este sujeto alejado de la Naturaleza por la función del padre simbólico, recuerda a “El derrotado” de Ángel González (2004): “Tu emprendes viaje hacia delante, hacia/ el tiempo bien llamado porvenir./ Porque ninguna tierra/ posees,/ porque ninguna patria/ es ni será jamás la tuya,/ porque en ningún país/ puede arraigar tu corazón deshabitado.” (fragmento).

P. Gutton (1983) también analiza la evolución necesaria desde un cuerpo biológico a un aparato psíquico, atravesando todo un mundo de relaciones, distinguiendo tres tiempos en la clásica teoría del apuntalamiento: un primer tiempo anátomo-fisiológico que sería el funcionamiento de la necesidad, un segundo tiempo de concomitancia en torno del objeto de la necesidad y del deseo naciente; y un tercer tiempo en el que puede hablarse de zona erógena como sede de una excitación irreductible al solo funcionamiento biofisiológico.

Se partiría por tanto de un desvalimiento inicial del bebé que le obligaría a necesitar un auxiliar ajeno que calmara sus necesidades (Freud, 1895); y se llegaría a un cuerpo erógeno puesto que quien viene a apaciguar la necesidad no puede evitar, al mismo tiempo, excitar al bebé.

La necesaria genealogía cronológica en la construcción del sujeto como erótico es también descrita por J. Laplanche (1987) en su teoría de la seducción originaria. Este autor destaca tres tiempos en el surgimiento de lo erótico (autoerotismo, narcisismo y elección de objeto) y demuestra cómo la vida

sexual viene como un injerto sobre la vida de relación basada en la necesidad y la autoconservación.

P. Castoriadis-Aulagnier (1991) describe tres modos de funcionamiento psíquico que no están presentes desde el comienzo, sino que se suceden temporalmente: a) proceso originario (pictograma); b) proceso primario (fantasía) y c) proceso secundario (enunciado). En la evolución de un funcionamiento a otro sería prioritaria la función paterna ajena al campo de la necesidad.

No consideramos necesario a nuestra argumentación multiplicar las referencias bibliográficas que desde una óptica psicoanalítica redundan en la importancia del tiempo en la construcción del sujeto. Importancia estructural y estructurante en tanto que de no darse determinadas secuencias temporales lógicas se cuestionaría la posibilidad de constitución de un aparato psíquico "sano".

Desde el ámbito de la Antropología, M. Eliade (1968) realiza una argumentación muy pertinente a nuestro interés por el tiempo, y que permite comprender en mayor medida la importancia de esta variable en la construcción de lo humano. M. Eliade compara el pensamiento primitivo de algunas culturas a través de sus rituales, a los de un místico, en tanto que en ambos casos se pretende desvalorizar el tiempo. La vida se limitaría a la repetición de actos arquetípicos, se desarrollaría en un continuo presente. Es como si el tiempo no existiera al no concedérsele atención; o si se hiciera presente por algo ajeno a la repetición ritual (por ejemplo en los "pecados"), el tiempo podría anularse mágicamente con la absolución. Arquetipo simbolizado en la luna como primer muerto que resucita, revelando el eterno retorno. Lo que da estructura cíclica al tiempo es la repetición de un hecho arquetípico. Desarrollando esta idea M. Eliade recuerda la distinción hegeliana entre Naturaleza e Historia. Hegel afirmaba que en la Naturaleza de las cosas se repiten hasta lo infinito, y que, a ese respecto, no hay nada nuevo bajo el sol. En contraste, la Historia es libre, y siempre "nueva", no tiende en sí misma a la repetición infinita. Es por ello, que puede surgir una especie de nostalgia del paraíso perdido, que sustente toda una mitología en la que los hombres no conocían ni la muerte, ni el trabajo, ni el sufrimiento.

La Historia es temporal, y por ello está repleta de afectos, símbolos y sentidos; es la vida. Fuera de la historia, la paralización del tiempo tendría más relación con la estereotipia, lo tanático.

Pero quizá sea nuevamente la poesía la que nos ayude a transmitir con mayor claridad lo que pretendemos. En este caso recordamos a José Hierro cuando en su “Cantando en Yiddish” escribe: “La imagen duplicada, narcisa, / que me contempla desde la superficie, / es siempre joven. No la erosionaron/ ni pesadumbres, ni silencios, ni añoranzas. / Vive inmutable en su fanal, / en su escalofrío, en su burbuja transparente, / en su lágrima de cristal no sometida al tiempo.” (fragmento).

Bella forma de aludir a la realidad de un ser humano en el que lo imaginario, la plenitud, solo es representable en una dualidad narcisista, en un tiempo mítico que se enfrentaría al tiempo del sujeto simbólico, que es el tiempo de la Historia.

5. TIEMPO DE LA INTERVENCIÓN SOCIAL

La intervención social se desarrolla en un tiempo cuyo sentido va a depender del objetivo que guíe nuestra tarea y de la metodología que utilizemos para conseguirlo.

Respecto al objetivo podemos partir de la definición de trabajo social adoptada por la FITS en la Reunión General celebrada en Montreal en julio de 2000, y comentada por Imelda Dodds en el Congreso de Santiago de Cuba de 2001: “La profesión del trabajo social promueve el cambio social, la solución de problemas en las relaciones humanas y el fortalecimiento y la liberación de las personas para incrementar el bienestar. Mediante la utilización de teorías del comportamiento humano y los sistemas sociales, el trabajo social interviene en los puntos en los que las personas interactúan con su entorno. Los principios de los derechos humanos y la justicia social son fundamentales para el trabajo social”. Esta definición permite considerar la complejidad de una tarea que atañe a todos los aspectos vinculados a las relaciones del individuo con su entorno; incluyendo a todos los grupos de edad y a todos los ámbitos relevantes de interacción: familia extensa, barrio, instituciones médicas, organizaciones sociales y laborales, etc. Además se trata de una definición que

señala la necesidad de considerar la ideología que sustenta todo trabajo social. Si unimos esta definición a la evidencia de que el trabajo social se tiene que ir desarrollando en una sociedad cambiante, podríamos pensar en profesionales creativos necesitados de una renovación constante, e inmersos en procesos de formación permanente. No obstante, coincidimos con A. Balletero (2004) cuando tras analizar distintas teorías y paradigmas del trabajo social, refiere insatisfacción profesional producida por la tendencia mayoritaria a seguir los dictados del funcionalismo burocrático que lleva a prácticas de gestión de recursos, e intervenciones cada vez más estériles y repetitivas. Frente a esta tendencia, Balletero defiende un enfoque existencialista "... en unos tiempos en los que la dominancia del enfoque funcionalista ha burocratizado (y con ello deshumanizado) la tarea diaria de los trabajadores sociales en España".

Respecto a la metodología valoramos la vigencia y validez de la argumentación que realizara Maria Teresa Zamanillo en 1987 al describir el Método Básico para el Trabajo Social. Método que incluiría cinco fases (estudio, diagnóstico, planificación, ejecución y evaluación), y que iría más allá de un modelo médico de acción asistencial-paliativa, comprometiéndose en cambiar las condiciones sociales en las que los individuos viven sujetos a una realidad que les degrada: "... se trata de transformar, con nuestra acción profesional, unas condiciones sociales cuyas causas más profundas se deben a un orden social mal estructurado".

Esta metodología general debe plasmarse en técnicas específicas que en opinión de Montserrat Colomer (1987) podrían ser las siguientes: a) técnicas de recogida y sistematización de datos; b) técnicas de planificación, organización y gestión; c) técnicas de ejecución, y d) técnicas de evaluación.

En nuestra opinión, lo prioritario de esta metodología y de estas técnicas, se va desarrollando en dos grandes categorías de actividades que ocupan la mayor parte del tiempo del trabajador social, con independencia del ámbito laboral específico donde desarrolle su función: a) tiempo de relación con otros profesionales, b) tiempo de relación con los usuarios.

El tiempo de relación con otros profesionales es el tiempo de la COORDINACIÓN, y abarca numerosos espacios: el propio equipo de trabajo, la vinculación con otros profesionales e instituciones, los equipos de formación y supervisión, etc. Para que estos espacios de coordinación tengan sentido, y

puedan ser útiles a sus integrantes, convendría ante todo evitar el EFECTO FRANKENSTEIN. Frankenstein era un conjunto mal articulado de elementos muertos; elementos que pertenecían a otros organismos, y que se unían en una pretensión omnipotente de totalidad, en una imagen ficticia de unidad, que no podía enmascarar su impotencia para articular algún movimiento armónico. Se podrían sumar distintas prótesis a este monstruo, pero la globalidad seguiría siendo incoherente y siniestra. De la misma manera, si un grupo de profesionales se reúne para coordinar, pero sin compartir previamente un lenguaje, una clara definición de objetivos, un E.C.R.O., o una jerarquía que facilite el funcionamiento y la toma de decisiones, la supuesta coordinación no podrá ser eficaz ni satisfactoria; por más profesionales que se “junten” nunca se creará un grupo coherente de intervención si no se analizan los elementos que estamos describiendo.

Por otro lado, el tiempo de relación con los usuarios será más o menos coherente en la medida en que el “tiempo de coordinación” pueda darle mayor o menor sentido. En nuestra opinión es un tiempo donde habría que evitar tanto el lenguaje publicitario como la ritualización excesiva y mortífera, dando lugar a un encuentro donde se respeten los condicionantes coyunturales y estructurales del ser humano. Un tiempo donde tenga cabida la palabra y los símbolos de cada historia, y de cada comunidad; donde puedan desplegarse deseos, temores y proyectos; donde pueda crearse un vínculo que facilite el crecimiento.

6. TIEMPO DE CONCLUIR

El tiempo es un concepto que alude a un dinamismo permanente e inevitable desde su propia definición física. Un concepto que sitúa a los seres humanos en una vida fragmentaria e incierta enfrentada a la plenitud rotunda de la muerte. La angustia inherente a esta realidad desencadena defensas de las que venimos destacando dos: a) la manía negadora y b) la repetición obsesiva. Estas defensas pueden emplearse tanto a un nivel individual –intrapsíquico, como vincular-grupal; y en consecuencia también en el ámbito laboral. Son mecanismos que pueden darse con mayor protagonismo en unas Instituciones, o equipos de trabajo, que en otros; pero también son procesos que pueden

surgir en un momento evolutivo de cualquier grupo, por muy “sano” que sea su funcionamiento habitual. Y, en cualquier caso, debe ser algo a valorar y a intentar superar.

Para su valoración, podríamos decir para su diagnóstico, solo es preciso estar alerta a algunos indicadores.

Del lado de la MANÍA nos aproximamos a un “tiempo mediático” que no se reduce a un escenario televisivo donde las perversiones y el poder de las imágenes y lo real parece ilimitado, sino que se extiende como una mancha de aceite que abarcara al conjunto de relaciones humanas, incluyendo las laborales. Como si todo tuviera que ser rápido y superficial pero con apariencia de ser pleno. Como si no pudiera haber tiempo para un encuentro tranquilo donde los deseos y temores pudieran desplegarse en palabras que encontraran una escucha afectiva. Siguiendo en el camino de esta manía, encontramos que puede exigirse de una Institución que colme una demanda con una eficacia a corto plazo que tranquilice a quien demanda; como si pudiera imponerse un tiempo para “la cura”.

O también podemos encontrar un intento de llenar el tiempo de color y brillo en un vértigo no reflexivo. En este caso se trataría no solo de desplazar las prioridades hacia tareas de gestión a realizar con la máxima eficacia y rapidez, sino de priorizar más la óptima presentación de datos (hacerlos “atractivos”), que los contenidos. En esta tarea el power- point será nuestro aliado más competente; nuestros datos seducirán como un spot, estaremos en condiciones de subir al estrellato. Pero también estaremos más próximos al mundo gris y repleto de humo que metaforizara M. Ende.

Del lado de la REPETICIÓN OBSESIVA nos sumergimos en un tiempo sin tiempo, como el de aquellos cuentos con pretensiones eternas: ¿quieres que te lo cuente otra vez?. Es evidente que al desarrollarse la tarea en un ámbito institucional debe encuadrarse en una temporalidad precisa y necesaria. Es el tiempo necesario de horarios, reglamentos y convenios; el tiempo de rellenar papeles y hacer “memorias”. Pero este tiempo corre el riesgo de estereotiparse si olvida su finalidad ética y la sustituye por otra meramente administrativa. Riesgo de reuniones eternas y estériles, donde los profesionales se repiten tanto como los temas, donde las situaciones (institucionales, grupales, laborales,...) o “los casos” se abordan en numerosas ocasiones sin que ello

garantice una resolución eficaz de ningún conflicto. Pero fijemos cuando va a ser la próxima reunión; y la próxima. ¿Quieres que te lo cuente otra vez?.

Frente al diagnóstico de manía, o de repetición obsesiva, proponemos como tratamiento el TIEMPO-CON-SENTIDO. Tiempo de recuperar y priorizar los objetivos del Trabajo Social, su ética, respetando los tiempos de las Culturas y del Sujeto.

Quede claro que el “tiempo-con-sentido” que postulamos como necesidad no es necesariamente un tiempo prolongado. En ningún encuentro profesional (coordinaciones, entrevistas, visitas domiciliarias, etc) se garantiza la eficacia aumentando sin más un tiempo cronometrable. El tiempo-con-sentido alude a la calma como factor necesario y prioritario para acercarse a una obra de arte que señalara Susana Chillida (2003); tiempo para contemplar, pensar y sentir. Es el tiempo que nos aproxima a la imagen de un escultor golpeando con el cincel una mole de mármol pretendiendo que alguna belleza surja de su interior. O bien, a la imagen de un jardinero que después de podar, abonar y regar, solo podrá esperar a que cada especie dé el fruto que pueda.

En el contexto del Trabajo Social pensamos que nuestra responsabilidad es la construcción de este tiempo-con-sentido. Un tiempo que alejado tanto de la tiranía de la imagen como de las repeticiones propias de la Naturaleza, nos incluya en una Historia viva. Verdadera revolución en estos otros tiempos que corren, donde la palabra y los textos no encuentran tiempo para desplegarse.

En el siglo XXI la cámara digital puede cuestionar a Miguel Hernández: “Pero yo sé que algún día / se pondrá el tiempo amarillo / sobre mi fotografía”. Pero el tiempo seguirá pasando de manera inexorable aunque se disfrace de tecnología. El sentido que demos a ese paso dependerá en parte de nosotros. Como dijo Gandalf a Frodo: “Solamente a ti corresponde decidir qué hacer con el tiempo que se te ha dado”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANGOLD, A. y COSTELLO, E. J. (2005): "Epidemiología del desarrollo: la naturaleza del riesgo en los trastornos psiquiátricos", en *Factores de riesgo en Psicopatología del Desarrollo*, Barcelona, Masson.
- BALLESTERO IZQUIERDO, A. (2004): "Aportaciones de la filosofía al trabajo social: el existencialismo de Donald F. Krill", *RTS Revista de Trabajo Social*, nº 175, pp. 28-56
- BEATTIE, J. (1972): *Otras culturas*, Mexico, Fondo de Cultura Económico.
- CASTORIADIS-AULAGNIER, P. (1991): *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires, Amorrortu.
- CHILLIDA, S. (2003): "Crecer rodeada de arte", *Rev. Ecos, arte y cultura para la infancia*, nº 1, pp 10-11, Ed. Teatro Tyl-Tyl.
- COLOMER SALMONS, M. (1987). "La metodología y las técnicas en el trabajo social", *Rev. Documentación Social*, nº 69, pp. 121-133.
- CUETO, J. (1982): *Mitologías de la modernidad*, Madrid, Salvat.
- DODDS, I. (2002): "Definición de trabajo social a nivel mundial". *Rev. Trabajo Social Hoy*, nº 35, pp. 101-108.
- ELIADE, M. (1968): *El mito del eterno retorno*, Madrid, Alianza.
- ENDE, M. (1978): *Momo*, Madrid, Alfaguara.
- FAGES, J-B. (1993): *Para comprender a Lacan*, Buenos Aires, Amorrortu.
- FREUD, S. (1895): *Proyecto de Psicología*, O. C. t 1, Buenos Aires, Amorrortu.
- GOMEZ DE ARMIJO, T.(1984):*Psicología y mensaje publicitario*, Madrid, s / ed.
- GONZALEZ, A. (2004): *Palabra sobre palabra*, Barcelona, Seix Barral.
- GUTTON, P. (1983): *El bebé del psicoanalista*, Buenos Aires, Amorrortu.
- HAWKING, S. (1988): *Historia del tiempo. Del big bang a los agujeros negros*, Barcelona, Crítica.
- HIERRO, J. (1998): *Cuaderno de Nueva York*, Madrid, Hiperión.
- LACAN, J. (1984): *Escritos 1*, Madrid, Siglo XXI.
- LACAN, J. (1999): *El seminario 5, Las formaciones del inconsciente*, Barcelona, Paidós.
- LAPLANCHE, J. (1987): *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*, Buenos Aires, Amorrortu.

- MOLINER, M. (1987): *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos.
- MUCCHIELLI, R. (1977): *Psicología de la publicidad y de la propaganda*, Bilbao, Mensajero.
- SCHOFFER KRAUT, D. (1997): "Del paraíso perdido a la tierra prometida" *Rev. APM*, nº 25, pp. 159-172.
- THIS, B. (1982): *El Padre: acto de nacimiento*, Barcelona, Paidós.
- TYLOR, E. B. (1976): *Cultura primitiva*, Madrid, Ayuso.
- ZAMANILLO PERAL, M.T. (1987): "Reflexiones sobre el método en el trabajo social", *REV. Documentación Social*, nº 69, pp. 69-85.